

Algunos poemas

Samuel Linares



Image not found.

Capítulo 1

- Para Elena, porque aunque fueran mis poemas, estaban escritos con tu pluma.

Ojos de cristal, punto de lana.

"Bueno", pensaba. "Diez minutos y habrá acabado. Sólo diez minutos."

Era un tiempo que tenía dos caras. Dos horas de mi día que no sabría definir como desperdiciadas o como aprovechadas. Ciento veinte minutos

interminables o demasiado cortos.

Visitarla se había convertido casi exclusivamente en observar como tejía prendas de lana. Observaba su técnica casi impecable, acorde al segundero del reloj, y me daban ganas de saltar por la ventana, o de abrazarla. Había perdido la vista y no estaba muda. Pero tampoco tenía mucho que contar. Era o demasiado vieja, o demasiado joven.

La amnesia frente a la inexperiencia.

Siempre eran dos horas. Sabía perfectamente cuando decir el hola y cuando decir el adiós. Con el hola me sentía esperanzado y con el adiós vacío. Siempre me sentía vacío al salir de allí. Como si fuera yo el que estuviera tejiendo bufandas de lana en la oscuridad a la que limitaban mis ciegos ojos.

- Adiós.

Salí de la casa y respiré el aire de la calle. No era ni la mitad de puro que hacía dos horas. Llegué a casa en un autobús que era cinco veces más lento de lo normal. Me miré en el espejo y mis ojeras eran demasiado profundas, como si el sueño me hubiera traicionado.

Abrí un cajón y desempolvé unas agujas de punto y un ovillo de lana, a ver si me hacía viejo

y podía contar mis dos horas de ceguera al día.

II

los pies no danzan sobre un suelo de piedras que pinchan.

no es culpa mía, me decía.

no es

culpa de

nadie,

salvo mía,

me decían.

no podía bailar bien, los compases eran lentos y las notas no fluían como
deben fluir

eran más bien los gritos o los llantos de algún agozinante

que hubiera tenido que bailar como yo

sobre esas puntiagudas

muertes diminutas.

después de que mis pies sangraran como si yo fuera un saco de harina
roja

porque mi sangre no era sangre, realmente,

traté de tocar el piano

y de nuevo la misma música se posaba sobre cada tecla como un vestido
de encaje hermoso

de esos que las mujeres viudas llevan al funeral de sus maridos

y creaba una especie de ente que me observaba y decía que el culpable
era yo

pese a que la culpa no fuera de nadie

porque el funeral al que aquella música se dirigía

no era otro que

el que yo previamente había compuesto

en la partitura

así que de alguna manera, yo

era el que había matado.

bajé la tapa del piano

y, ¿qué podía hacer?

así que le creí.

III -- Spleen

Arrodillado en el váter y con los dedos en la garganta; no quiero vomitar.

Acurrucado en un rincón con lágrimas que bajan hasta mis labios; no quiero llorar.

El brazo extendido con un filo espasmódico sobre él; no quiero sangrar.

Frente a una revista con todo mi libido en la mano; no me quiero correr.

Lo que quiero expulsar no está dentro de mí.

Quiero expulsar un dolor que no existe.

IV

el plato de comida fría está sobre la mesa.

lleva ahí unos minutos,

pero parece que sean días.

abro la ventana y una paloma muerta cae en mis brazos.

lleva escrito mi nombre.

V

todos los muebles me miran y tratan de decir algo;

la cómoda no tiene un lugar donde descansar su tristeza de madera

el escritorio quisiera ser un puñado de serrín que nadie quiere más que para tapar vómitos de niños

la ventana desearía poder ver

y que nadie la viera

los cajones están repletos de angustia

el armario está llorando porque cree ser un monstruo metido en sí mismo

y la cama tiene la piel lívida y los ojos inyectados en sangre porque las sábanas la oprimen

y no puede soñar.

pero yo sólo soy el rastro amargo de un perfume sin destilar;

ni siquiera tengo oídos.

VI

le pregunté

quién es ella, ¿cómo se llama?

y me dijo

siempre está sola, no la dejan ver a los demás, son una especie de castigos.

qué tontería.

y fui a verla, cuando estaba en los columpios meneándose sin ton ni son ni orden ni concierto alguno, silenciosa igual que la nada.

hola

y hola

¿cómo te llamas?

no creo que sea buena idea hablarte.

no importa. ni siquiera estoy aquí.

reí y rió.

me miró unos segundos con media sonrisa, como si ya se hubiera enamorado de mí y me dijo

¿alguna vez te han dicho que pareces el hermano de un ángel?

nadie me suele hablar.

eres, diría yo, sin duda, el hermano de un ángel.

no creo en Dios.

no hace teniéndote cerca.

sin orden ni concierto. me senté a su lado sin pensar en dónde estarían las demás personas. en dónde estaría el horizonte.

eso que has dicho es muy bonito.

rió.

y dije

tú eres bonita.

sencillamente a las dos semanas de aquello nos casamos y a los tres meses tuvimos algún que otro hijo que ya no recuerdo. sé que no está bien pero a los tres meses ella ya no me gustaba, los críos iban a gustarme menos. mi apariencia de ángel se le quedó en el cielo y yo por alguna razón le rezaba a un Dios que terminara con mi tormento, suplicando que me escuchara.

pero han pasado cinco años y a día de hoy todavía sigo contemplando ese columpio sin acercarme, sin saber qué hacer, disculparme por algo que no ha sucedido o saludarla y probar suerte.

y le dije a mi amigo

y por qué esos castigos.

y dijo

tiende a hacer daño a la gente.

miré a mi alrededor y estaba la gente y el horizonte y yo estaba entero.

estaba bien. el reflejo del ángel no me había poseído.

estaba

bien.

anda, vámonos.

y nos fuimos.

VII

observo mi habitación pintada de verde

plagada de retratos y fotografías en los que por alguna razón salgo sonriendo.

veo los adornos colgados

las prendas y las medallas y los libros
que no son más que las tripas de mis recuerdos esparcidas por doquier.
y yo al mirar esto
sólo quisiera ser una mentira
para no existir y no pedirme explicaciones de nada,
para poder enterrarme sin tierra
para no recordar ni olvidar
para poder creer todos los cuentos que se pronuncian
y todas las cartas que se escriben
y no rendirle cuentas a cada cana que aparezca en mi sucio pelo.
quisiera saber dónde está mi ego infantil
y qué diría a todo esto,
si querría formar parte de la mentira o de la realidad
la escultura o el escultor.
olvidando mis infantiles sueños,
olvidando los retratos que me observan dentro de sus marcos,
encerrados como recuerdos dentro de una frágil memoria de cristal,
me pregunto si sería mi habitación un lugar más alegre,
en el que no tuviera que escapar de la realidad,
si hubieran cañerías oxidadas en el techo y
paredes blancas cubiertas de yeso desconchado y luces grises.
una pregunta que se pierde como las perlas de un collar deshilachado
chocando contra el suelo.

VIII -- Fantasía de una matryoshka

en mi fantasía

acaricio cigarrillos sin encender como si fueran el lomo de un cordero que está a punto de morir

suavemente, susurrando palabras tranquilizadoras

pero en el fondo de mi corazón sé que quiero probar ese manjar

saborearlo como si fuera mi última cena;

en mi fantasía busco un mechero

(para poner fin a

mi fantasía) no para encender cigarrillos

ni para calentar mi piel hecha escarcha,

si no para que haya algo de luz

que luego, cuando se consuma, pueda olvidar en un silencio triste y

oscuro

como la cera derretida de una desamparada

oscura y

triste.

en mi fantasía

tengo la fantasía de morir en cada lugar en el que haya estado vivo

y poner un buen final a cada poema

y un buen epitafio en mi tumba

que imagine todas las lágrimas como brotando de una fuente en la que
miles de nombres se han ahogado
y se ahogan cada vez que mi rostro se refleja,
y se desmonta una y otra y otra vez
oxidando mis fantasías
haciéndose más pequeño;
no quiero que las lágrimas sepan que sólo soy
la fantasía de una matryoshka barata
ocupando espacio y polvo en la oscuridad de un estante perdido
en un bazar entre la niebla
y los callejones de Rusia.

IX

una roja manzana consigue escapar de las ramas de su árbol
y de mis artríticas manos
para romperse en mil pedazos contra el suelo como un sueño de hambre
que me sacude todas las noches entre mis sábanas
perdiéndome en laberintos sin enormes muros,
sin pequeñas salidas,
a solas con la perdición.
supe que no sería ni mucho menos una buena idea

pero recogí los temblorosos trozos a punto de morirse,
y tragué su último aliento
para hacerlo mío,
tan mío como mi muerte.

X

contaba las baldosas al volver a casa y no miraba hacia delante
¿qué podría tener el día turbio o las personas que pudiera captar mi
atención?
el paso lento de mi andar, parcialmente fúnebre
recogía todas las lluvias y todas las hojas secas del otoño
y las posaba frente a mis ojos bastardos
para que sintiera el déjà-vú
al que llaman tiempo
pesando sobre mí,
a una distancia cercana, tan sobrecogedoramente cercana
tan familiar
que llegó a formar una lágrima que en mí se quedo mucho tiempo
haciendo el color de mi iris cristalino,
Hermoso,
pero algún día debía derramarse esa gota de esencia tristezina,

y cuando cayó sobre la baldosa número doscientos seis o doscientos siete
alcé por primera vez en mucho tiempo la mirada hacia el cielo
para ver si llovía,
pero lamentablemente
me equivoqué.

XI -- El miedo de un cobarde

me duele el miedo
me duele porque forma parte de mí, como mis manos o mi aliento.
adopta forma de sueño y de despertar,
es la brisa nocturna que me acaricia entre las telarañas que tejen árboles
en las avenidas
y la única forma de burlarlo
es convertirme en un payaso con el maquillaje corrido
y las pestañas envueltas en rimel negro como grasa de motor
montado en un monociclo con la rueda pinchada
y tocando la pandereta.
tanta luz que me envuelve, y sólo la oscuridad me refleja,
porque el miedo es un ser ciego
y yo una máscara de negro terciopelo porto sobre mis ojos
que me diseña como a un trofeo

postrado en la pared fría de alguna habitación con las persianas bajadas.

XII -- Delirium

sólo tengo ganas de reír,
hasta que mis ojos salgan de mis cuencas
y comiencen a bailar un tango sobre la mesa del salón
fuertemente agarrados,
¿y cómo podría ver yo el dolor y sus amanecer lánguidos?
sólo podría suponer la estatura de la muerte
y sentir su voz
mientras recorro su cuerpo y caigo al suelo,
destrozado.
sólo podría imaginar una silueta desconchada como mi sombra
y un suspiro desalentado como mi risa,
y una canción extraña como mis carcajadas,
pero la verdad es que nunca entendí el chiste.

XIII -- El yonkie de la cafetería

en unos ojos de madera podrida veo
un payaso alicaído y silencioso aplastando un acordeón,
triste bufón de arcilla
desamparado, desangelado, deshuesado,
muerto.

en unos ojos de madera podrida veo
al fuego balanceándose en un columpio
y el fuego está arrasado por las llamas
no hay niños llorando,
sólo oscuridad.

en unos ojos de madera podrida
veo lo que hubieran podido ser algunas ramas verdes
que con el tango del otoño se tintarían de marrón
pero parece que dio un mal paso;
el tiempo no sabe bailar.

IXV

buscándome como una lágrima de luz busca una ventana por la que poder colarse,

me desvanezco

y sólo quisiera ser mar

abrazado al horizonte como a un padre que de niño me abandonó,

pero no puede ser, porque no soy un niño ni un anciano,

sólo una palabra que a veces se pronuncia con los ojos inyectados en sangre

o con hastío en la voz

con pesadez en los huesos

amargura en el vientre

y con un relinchar de caballos enfermos en los labios, dando coces a sus catres de paja para no tener que dormir más

ni gestar más hijos

ni gestarme en su útero

ni llamarme "descendencia".

encontrándome en espejismos ocultos en desiertos tintados de lluvia

con mis zapatos sucios de caminar y mi boca seca de no pronunciar palabra,

viéndome,

y a cada gota que cae olvidándome

perdiendo el sentido en un lugar en el que nadie pueda encontrarme

porque mi último aliento es la noche,

y la noche se acaba como un sucio vaso de vodka en las manos de un triste borracho.

XV

el camarero me trajo unos ojos crudos

porque también los camareros se equivocan.

en aquél restaurante de muerte sólo habían jirafas que querían llegar a la hoja más alta

y todo estaba ardiendo

excepto esos ojos crudos,

que me miraban, y los miraba.

el camarero estaba delante de mí, de espaldas,

recogiendo platos sucios.

- esto está crudo. - le dije

entonces él se giró, y me miró con cuencas vacías

- ¿puedo ofrecerle alguna otra cosa?

XVI

he encontrado en uno de los miles de escritorios de mi alcoba, entre los miles de cajones repletos de letras viejas y objetos gastados sin

importancia,

un cajón vacío; cuatro tablones de madera barnizada con arrugas, vacías,
¡un cajón vacío!, y como un anciano eréctil,

¡he gritado de alegría y he comenzado a saltar!

alegría desmedida y alocada como alas de palomas frente a una ruina de
catedral,

Alegría; pero efímera como el vaho,

y como el vaho empañado en el cristal, desaparece al posar una mano
para tratar de sentirlo.

triste júbilo, ojalá pudiera pintarte en uno de mis lienzos vacíos para
poder observarte en alguna de las docenas de habitaciones en las que
viven (o mueren) mis pinturas, para que mis ocelos se posen igual que
pájaros petrificados eternamente sobre ti,

pero no hay lienzo sin trazados encima, que como cicatrices sé que
permanecerán en mi piel hasta que las olvide;

letras viejas mías, ojalá hubieran unas cuantas con las que pudiera
componer una última frase que reflejara, como en un cóncavo espejo una
imagen jovial; quizá un recién nacido todavía con los huesos sin formar,
moribundo y bello, y yo lo escribiría para que no tuviera que vivir esta
muerte, y con la muerte viviera; con mis petrificados ocelos juro que la
leería hasta que se convirtieran en hueso,

pero no logro darle sentido a una pluma con tinta en mis dedos, ¡Ay, para
mí es un objeto desconocido; no puedo escribir con las manos
distorsionadas por los versos...!

objetos míos, futuras pertenencias póstumas, ¿dónde estáis ahora que
puedo guardaros y cobijaros del polvo y de mi ira? vosotros, que como
infernales bufones danzáis siempre frente a mis párpados sin gracia ni
donaire; que me hacéis abstraerme en desolaciones porque la tristeza y la
amargura son más bellas que dormir arropado entre todos vosotros,

¡más muertos que vivos, más dolor que sangre, más ramas que hojas,
más hiel que primavera, más peste que aroma, más deseo que dominio...!

apartándoos siempre con rabia, ¿dónde estáis?

y tan vacío está todo, con el cajón desnudo abierto,

tan a solas las paredes desabrigadas y temblorosas,
¿bajo que tristeza o amargura,
bajo qué manto de apetitos,
bajo qué pinturas,
bajo qué desdicha,
Podré dormitar ahora
Que todo está tan vacío...?

XVII - Un cumpleaños

en dos o tres personas debería versarse mi sentimiento, porque en una sola no cabe;
mis ocelos se partirían en dos y no vería el doble, sino la mitad,
y lo gris sería casi blanco, lo negro casi gris, el cielo casi nube, lo vestido casi desnudo, el dolor casi sentido y lo sentido casi dolor
pero no se barajan esos naipes esta noche,
pese a que todo sea un abstracto pensamiento.
hay un chicle en el suelo al que sin contemplar ni recaer piso,
y con una inocencia y maldito amor me abraza y me desea,
me descubre todo su pegajoso ser desde las antípodas del mío,
no es bello ni elocuente,
¡pero le amo! ¡maldita mi dicha!

y mi sentimiento crece desconsolado igual que un niño en trauma profundo,

descubre lo infeliz, y lo infeliz, cuando se marcha, anhela,

y comparándose con un canino sucio callejero, triste,

se dice en voz alta, para que también yo lo oiga;

- A mis precoces dieciséis años, si fuera tú, perro empapado en tormentas, estaría trocando mi pelaje por el esqueleto, sin sutilezas ni llantos; porque lo sentido no tiene sentido en tu diminuto corazón.

iy los años que le faltan son la razón que tanto lleva!

pero toso febrilmente y me levanto de la cama,

apago las luces,

y todo lo cavilado y sentido se convierte en pensamiento nocturno, casual y pasajero,

sin ninguna clase de relevancia

excepto

.

XVIII

¿qué puedo soñar si no he estado despierto?

sueño que soy un feto, tan vacío y con un aroma tan vivo que aún no soy nada

y lloro como si algo me doliera

pero no sé qué es

¿respiro? ¿vivo?

sólo soy un feto que tiene sueño

dejadme soñar, vosotros,

entended mis llantos y devolvedme al útero,

vosotros,

los nacidos,

yo no he nacido todavía,

¿por qué lloro?

no hablo con nadie

estoy soñando.

IXX

con tu gracia entelequiesca coloca sobre mi deformada psique en forma de
mano raída y desconchada

un arma sin ningún proyectil más que mis deseos bañados en bermejo
whiskey

igual que me entregaste cierta vez unas cadenas opresoras que sin orgullo
ni pasión relegaban mi destino allá tu quisieras,

con tus sanguinolientos glóbulos góticos con que me observabas

regocijándote en mi desgraciada ocupación

que como un mandato más que divino o diablesco obedecía,

¡Mi cerbero!

guardiana de mi lujuria en una custodia más que tuya!

entrega a tu condenado un arma sin ninguna bala

un juguete más para tu grotesco entretenimiento,
Pues no quiero una masacre ni una guerra,
ni hacerte daño a ti, mi ideal,
mi deseo es la ilusión vacía que un preso pudiera tener al anhelar el fin
de su condena,

para dormir, idormir, sin que tú rías cerca de la luna que me cobija!

Piadoso sueño,
¡Ah! ¿no me permitirías dormir, ideal mío?

urde tu complot allá donde la oscuridad se atreva a esconderte
mientras yo imagino, igual que un perverso febril sus lujurias,
cómo despedazar tu pálido cuerpo sumido ya en mi dicha.
sin tiznar mi raída y tibia piel de tu venenosa sangre.

© Samuel Linares. 2014-2015

